

La atracción de la noche

Robin T. Popp

Traducción de
Sílvia Guiu
Talismán

Capítulo 1

En una noche tranquila y silenciosa, el sonido tenue y la suave brisa eran ajenos a Bethany Stavinoski, cuya mente se encontraba en otro lugar. Camino de la oficina, recorrió otra media manzana de las desérticas aceras de Washington, antes de ocurrírsele que una mujer sola de noche debería ser más cauta y no bajar la guardia.

A paso ligero, medio esperaba que un atracador o un vagabundo se abalanzara sobre ella. Se sintió aliviada y algo tonta al mismo tiempo al comprobar que el único hombre a la vista era un individuo apoyado sobre la pared de la entrada de un edificio, unos metros más adelante. «Raro», pensó. No se había percatado de él hasta entonces. El escaso brillo de una farola cercana únicamente alcanzaba la mitad de su silueta, dejando la otra mitad oculta en la oscuridad de la entrada. Sus rasgos eran imperceptibles y un efecto de la escasa iluminación provocaba un resplandor rojizo en sus ojos. Llevaba una especie de abrigo negro largo sobre ropa igualmente oscura. Tenía una de las piernas doblada por la rodilla, lo que le permitía apoyar el pie contra la pared. Fumaba un cigarrillo, parecía un hombre tranquilo y extremadamente peligroso al mismo tiempo.

Mientras ella le observaba, el hombre se separó el cigarrillo de la boca para echar el humo y dibujó una sonrisa elevando ligeramente los labios mientras asentía con la cabeza en un discreto saludo. Con miedo a que su mirada fuera malentendida como una invitación a acercarse, ella se dio la vuelta y se marchó.

«Estás en lo cierto, corazón. Ten mucho miedo». Dirk Adams vio cómo un sentimiento de temor atravesaba la cara de la joven justo antes de que ésta se girara y se fuera. Levantó la mano, se llevó el cigarrillo a la boca y dio una calada profunda

antes de echar el humo de nuevo.

Esperó hasta que ella hubo desaparecido tras dar la vuelta a la esquina para lanzar el cigarrillo a la calle, luego lo observó mientras éste, brillando brevemente, se alejaba rodando dando pequeños botes. Ni siquiera era suyo; Dirk no fumaba, ya no.

—Gracias por el préstamo —dijo en tono informal, volviéndose hacia la criatura que retenía contra la puerta agarrándola por el cuello—. ¿Sabes una cosa? Ya no saben como antes. Esas cosas te van a matar. —Se rió de su propio chiste mientras observaba al ser, ahora mucho más monstruoso que el hombre de veintitantos que había sido—. No creo que te importe de todas formas.

—Voy a... voy... a... matarte. —La criatura dijo con dificultad pero de manera violenta y salvaje—. No puedes... detenerme.

Unas uñas afiladas como garras arañaron la mano de Dirk al tiempo que éste hacía una mueca de dolor. Dolía mucho y sintió emerger un sentimiento de furia, aunque no le soltó. En vez de eso, apretó los labios dejando escapar un gruñido. Los ojos de la criatura se abrieron de par en par sorprendidos, entonces continuaron los forcejeos. Dirk pensó en hacer lo que era oportuno, con la esperanza de conseguir algún tipo de información valiosa mientras aún quedara un atisbo de coherencia en la mente de su rehén.

—¿Dónde están Harris y Patterson? ¿Dónde está la guarida?

—Vete al infierno. —La criatura le escupió.

—De acuerdo. —Dirk sacó una daga de una funda bajo su abrigo y clavó en el corazón del vampiro—. Guárdame un sitio.

Bethany, aún inquieta, levantó la mirada ante la familiar silueta del edificio Van Horne Technologies que se alzaba frente a ella y respiró aliviada. No era un bloque demasiado grande, tenía sólo cuatro plantas, pero ella se sentía como en casa —mejor incluso que en su apartamento últimamente—. Llevaba trabajando allí como investigadora bioquímica casi cinco años y disfrutaba con lo que hacía. Tenía una vocecita en su interior que le impulsaba a investigar. Le gustaba que su vida fuera ordenada, organizada y, sobre todo, sin sobresaltos. Llegó a la entrada principal del edificio e introdujo su tarjeta de identificación. Las puertas se abrieron inmediatamente y cruzó el vestíbulo hasta la mesa de seguridad. Sus pasos resonaban fuertemente en medio del silencio. Bethany pensó que era curioso que el guardia no estuviera en su puesto, aunque supuso que estaría haciendo la ronda. Firmó el registro de asistencia, percatándose de la firma de su ayudante

en la línea anterior y no pudo evitar preocuparse por los estragos que Stuart podía haber causado en su ausencia. Este pensamiento hizo que se apresurara en dirección a los ascensores.

Se metió dentro, pulsó el botón del cuarto piso y, mientras el ascensor empezaba a subir, pensó en su último proyecto. La había dejado algo desconcertada, pero había decidido aceptar el desafío, incluso si ello implicaba realizar un montón de pruebas cronometradas que la mantuvieran atada al laboratorio toda la noche.

Había preguntado a Miles Van Horne quién había encargado el proyecto, pero él había mantenido los labios completamente sellados. No es que esperara que el presidente revelara ese tipo de información a cualquiera, pero ella no era únicamente la investigadora a cargo del proyecto, ella era su... prometida. La palabra inoportunamente dio vueltas por su mente y trató de ver el reciente cambio de su estatus desde una perspectiva estrictamente analítica. Llevaba saliendo con Miles desde hacía casi un año y, pese a que en un principio consideró poco sensato salir con el jefe, él había sido encantadoramente persistente.

Miles era un poco mayor que ella y sus relaciones físicas eran más propias de una película para menores de trece años que de una erótica, pero ambos parecían estar conformes. Siempre separaban el trabajo de su vida privada, y ella había considerado muy poco probable dar con otra persona que apoyara los locos horarios de investigación que ella mantenía. Añadiendo a la ecuación el patrimonio de Miles y su estatus, el resultado final era que había elecciones mucho peores.

Había tomado la decisión correcta al aceptar su propuesta, se dijo a sí misma, pasando el dedo pulgar por encima del solitario de dos quilates con un diamante talla esmeralda que lucía en el dedo anular. En general, su relación era perfecta. Pero entonces, ¿por qué había vacilado cuando él le sugirió que se casaran?

Una suave voz interior susurró la respuesta y Bethany se burló de sí misma para sus adentros. ¿Amor? Por favor. Ella era demasiado realista para creer en cuentos de hadas de ese tipo. Una larga lista de relaciones desastrosas antes de la de Miles pasaron por su mente. No, sin duda ésta era una buena y práctica boda.

Cuando el ascensor se detuvo, Bethany se obligó a ponerse en marcha y miró su reloj. Mierda. Llegaba tarde y, conociendo a Stuart, ya habría empezado sin ella. Se preguntó, y no por primera vez, si debería hablar con Miles sobre

ese hombre. Tal vez si Miles se percataba de lo incompetente que era Stuart en realidad, él... ¿él qué? ¿Despediría a Stuart? Bethany suspiró. No quería ser responsable de que nadie, fuera hombre o mujer, perdiera su empleo.

Resignada a trabajar con él, por ahora, abrió la puerta de la oficina y vio la luz encendida en el laboratorio al fondo.

Stuart trabajando duro, sin duda. Sí, eso sí que tenía gracia.

«Por favor, que no haya empezado la siguiente fase del experimento», rezó en silencio.

Guardó el bolso en el cajón de su mesa, cogió su bata de laboratorio de un perchero cercano y se la puso con un movimiento de hombros, apresurándose a la puerta que unía las dos salas.

—¿Stuart? —Se paró de repente y sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

Los vasos de precipitados estaban hechos añicos sobre la encimera mientras que los reactivos habían alcanzado el borde, goteando sobre el suelo donde ya se habían formado varios charcos. Los soportes que antes mantenían ordenados los tubos y los matraces en su sitio ahora estaban desparramados en pequeños trozos. Todo estaba arruinado. Todo su duro trabajo literalmente había sido tirado a la basura. Y Stuart había desaparecido.

Caminó hasta el fondo de la sala para evaluar el daño.

—Stuart. ¡Maldita sea! ¿Dónde demonios estás?

Sintió un emergente sentimiento de rabia que trató de combatir. ¿Había sido él? No había duda de que el hombre la odiaba. Prácticamente la había acusado de abrirse camino en la cama para hacerse con el puesto de directora de departamento. Esta crítica no era más que otra demostración infantil de celos profesionales. Bueno, aunque esta vez, había ido demasiado lejos.

Corrió de vuelta a su oficina, cogió el teléfono y llamó al mostrador principal. No contestaron así que colgó, con un creciente sentimiento de furia, que incluía al guardia ausente.

Marcó el número del teléfono móvil de Miles. Él contestó al segundo tono pero Bethany no le dio la oportunidad de articular palabra, ya que empezó inmediatamente a despotricar.

—Todo está arruinado, absolutamente arruinado. No puedo creerme que haya hecho algo así.

—¿Quién?

—¿Stuart! Lo ha destrozado todo. Todo mi trabajo sobre este proyecto está esparcido por el suelo. Todavía tengo los apuntes, por supuesto, pero ahora tengo que empezar de nuevo. ¿Es ésta la idea que tiene de trabajar en equipo? ¿Cómo ha podido...?

—Bethany. —El elevado tono de voz de Miles revelaba su mal humor—. Tranquilízate y cuéntame lo que está pasando. ¿Tú estás bien?

Ella respiró profundamente, tratando de recuperar el control y, entonces, hablando mucho más despacio, le contó lo que se había encontrado.

—¿Estás segura de que Stuart es el responsable? —preguntó cuando ella hubo acabado.

—Sí... no —admitió—. ¿Pero quién si no puede haber sido?

—Lo averiguaremos, ¿vale? —continuó sin esperar la respuesta de ella—. Voy de camino. No toques nada. Llegaré en seguida y entonces decidiremos si tenemos que llamar o no a las autoridades. Si Stuart es el responsable, lo pagará. Sólo por si la persona que ha hecho esto todavía sigue por allí, estaría más tranquilo si llamas a Frank para que esperara contigo.

Bethany sintió otro ataque de irritación cuando mencionó al desaparecido guardia.

—Ya lo he intentado. No está en su puesto.

—Probablemente esté haciendo la ronda. Baja al vestíbulo y comprueba si ya ha regresado, pero antes vuelve a llamarme desde tu móvil. Quiero estar en contacto contigo en todo momento.

Bethany colgó, cogió el móvil que llevaba en el bolso y se dirigió al ascensor. Sabía que el teléfono no iba a funcionar cuando se cerraran las puertas, así que esperó a llegar abajo para establecer la llamada. Aunque ya se había acostumbrado al silencio de la oficina, ahora esa tranquilidad no auguraba nada bueno.

—De acuerdo, ya estoy abajo —dijo a Miles cuando contestó. Cruzó hasta el mostrador principal y miró alrededor—. Frank no está aquí.—Frustrada, se dirigió al pasillo del fondo, pensando que podía estar en el baño de hombres. Acababa de pasar la puerta abierta de la sala de conferencias cuando algo le hizo detenerse y mirar más detenidamente. Frank estaba en el suelo en una esquina, con las piernas dobladas en un ángulo demasiado raro para ser natural. No parecía que estuviera respirando.

—¡Dios mío!

—Bethany, ¿qué pasa? —Sintió la preocupada voz de Miles a través del móvil.

Luchó por sobreponerse de su estado de aprensión lo suficiente como para dar la vuelta al cuerpo del guardia y colocar sus dedos en el cuello de éste.

—He encontrado a Frank.

—Bien. Dile que vuelva a su puesto ahora mismo.

—No puedo. Está muerto.

Dirk sacó de la parte trasera de su todoterreno el cuerpo del vampiro muerto y lo cargó al hombro. No tenía que transportarlo muy lejos, sólo unos diez metros hasta la montaña de «basura». Lo lanzó encima de otros cuerpos que ya estaban allí y luego estudió la escena. Seis cadáveres de vampiros, y él era responsable de haber llevado cuatro de ellos.

Los números le preocupaban porque sabía que al día siguiente habría aún más. Casi parecía que últimamente, Harris y Patterson, los dos vampiros principales o más dominantes, estaban envueltos en algún tipo de comilona orgiástica.

Dirk rechinó los dientes y registró los bolsillos de la última víctima, en busca de algún tipo de identificación.

Su mano palpó la cartera del vampiro y tiró de ella hacia afuera. Entre las tarjetas de crédito y el permiso de conducir había una foto del hombre junto a una mujer atractiva y una niña pequeña. Dirk metió la cartera en el bolso de su gabardina y echó un vistazo a la enorme mansión a la que él llamaba casa. El almirante seguramente estaría haciendo otra anónima donación a una apenada familia.

A falta de hacer una última tarea, Dirk volvió a su todoterreno y recuperó la manta enrollada del asiento trasero.

Cogiéndola con mucho cuidado, colocó una mano en uno de los extremos. Sintió una pequeña descarga de energía. Seguidamente, tocó el puño, lo agarró con los dedos y tiró de la larga y reluciente espada hacia fuera de la funda envuelta con la manta. Entonces, volvió a colocar la manta y la funda en la parte trasera del coche mientras sostenía la espada en alto, admirando el brillo de la hoja a la luz de la luna. Era la espada del jinete de la muerte, utilizada para asesinar a vampiros, y sólo un cambiante —medio vampiro, medio humano— podía empuñarla y disponer de su pleno poder. Sólo existían dos cambiantes en todo Washington; demonios, en todo el territorio de los Estados Unidos. Dirk era uno de ellos. Mientras sujetaba la espada, el puño se calentó en su mano y los ojos rojos de rubíes de la cabeza del vampiro grabada en uno de los laterales empezaron a despedir brillantes destellos rojos.

Se colocó frente a la montaña de cuerpos y, no por primera vez, se preguntó lo que podría pasar si sacaba la daga del corazón del vampiro. ¿Volvería el cuerpo a levantarse? Su teléfono móvil escogió aquel preciso instante para empezar a sonar; Dirk miró la identidad del que llamaba antes de contestar.

—Sí, ¿almirante?

—Ha llamado John Boehler. Ha habido otro asesinato. Pensó que nos gustaría echar un vistazo. Te vi en el coche cerca de la casa. ¿Ya has terminado?

—Sí. Voy para allá. —Dirk puso a un lado el teléfono y se quedó observando el panorama. Mañana, el sol convertirá la montaña de cadáveres en una masa rocosa que, a la primera ráfaga de viento, se transformará en polvo. Sólo quedaba una última tarea por realizar.

Tras levantar la espada en lo alto, la bajó con un suave y veloz movimiento. No se derramó sangre cuando la cabeza rodó por el suelo, provocando un sonido sordo al que Dirk ya estaba acostumbrado. Con un semblante siniestro, lanzó la cabeza de vuelta a la montaña y limpió la hoja de la espada sobre las ropas del hombre muerto.

Había momentos en los que disfrutaba siendo un cazador nocturno, pero éste no era uno de ellos.

En otro lugar de la ciudad, Kent Patterson se limpió la sangre de la boca mientras su comida, a la que ya había olvidado, caía desplomada en el suelo. Patterson se había atiborrado hasta no poder más, aunque todavía no había saciado su hambre. Agarró a su víctima con fuerza hasta que descargó en ella su furia e irritación. En silencio, se lamentó de no haber salido con Harris esa noche. Habría disfrutado de una buena cacería.

La idea le hizo suspirar. Quizás había una razón para haberse quedado en la guarida. Últimamente, Harris y él no veían las cosas de la misma manera, cosa que le inquietaba. Consideró la posibilidad de probar uno de los otros humanos encadenados a la pared, cuyo miedo desprendía un perfume empalagoso en la, por otra parte, rancia atmósfera de su refugio, pero un sonido procedente de una estancia exterior le distrajo.

Los conversos habían regresado, y Patterson ansiaba la recompensa que le traían. Patterson, siempre con recursos, tenía un plan, uno que incluía riqueza y poder personal. El éxito de ese plan, no obstante, requería la presencia de un bioquímico; uno que trabajara para él, voluntaria o forzadamente. A Patterson no le importaba.

Cruzó la puerta y miró al asustado joven con bata blanca de laboratorio, que se encontraba suspendido en el aire sujeto por los brazos entre dos subordinados. Patterson imaginó que más bien lo agarraban para sostenerlo y no para evitar que saliera corriendo. La ironía de todo esto es que el joven no tenía que ser el que estuviera más asustado.

—¿Qué demonios es esto? —bramó Patterson, provocando que los vampiros subordinados tartamudearan.

—Es... es el bioquímico que querías —respondió el más valiente de los dos.

—No —dijo Patterson, con una voz aparentemente en calma—. Éste no es el bioquímico que quería. Este bioquímico es un hombre. —Elevó una ceja mientras miraba a uno de los subordinados primero y al otro después, retándolos a refutar lo verdaderamente evidente—. ¿Dónde está la mujer?

—Aunque era difícil que los vampiros palidecieran aún más, lo hicieron.

—Fuimos al laboratorio como se nos ordenó, pero él era el único que estaba allí.

—Entonces. Habéis. Fracasado.—Patterson escupió las palabras, asegurándose de que los conversos entendían perfectamente la magnitud de su desagrado. Su forma de soltar al prisionero delataba sus intenciones de dejarlo allí y volver inmediatamente al laboratorio. Estúpidos—. Ahora no podéis regresar. Vuestra incompetencia me ha puesto en una difícil situación. Tendré que encontrar otra forma de conseguir lo que quiero. —Se volvió para regresar a su habitáculo.

—¿Qué hacemos con éste?

Sin darse la vuelta, Patterson hizo una señal con la mano en un gesto de indiferencia.

—Me da igual. Vacíadlo si os apetece.

—Esperad.

Patterson se detuvo y miró al joven de nuevo pensando dos cosas: o era más valiente de lo que Patterson creía o era más tonto.

—¿Tienes algo que decir?

El joven tragó saliva y respiró profundamente.

—Tú quieres a Bethany Stavinoski, ¿no es así? Yo puedo ayudarte a conseguirla.